

Contemplando el pesebre, el niño duerme tranquilo en el regazo de Nuestra Madre, la Virgen. ¡Observo a mi sobrina pequeña y cómo andando necesita cobijarse en el regazo de su madre!

El regazo maternal es fundamental en situaciones de miedo, de dolor, de sufrimiento, de desconcierto, de necesidad... sintiéndose protegidos en el regazo de una madre, ¡qué importa que el mundo se desmorone a nuestro alrededor!

Todo regazo maternal es una escuela de amor, fidelidad, seguridad, refugio y ternura. En el regazo de una madre se sana el corazón, el alma y el cuerpo.

Si esto sucede con la madre terrenal, ¡qué no será con María, el gran obsequio que Dios misericordioso nos regala para que nos apoyemos en su Inmaculado Corazón! ¡El de María es el regazo del amor sublime sobre el que descansar nuestros cansancios, calmar nuestras penas, curar nuestras heridas, sanar el corazón por todo aquello que nos duele y necesita ser solucionado, recibir amor, liberar nuestros apegos...!

¡María, Virgen del Adviento, contemplándote en el pesebre, te confío mis alegrías y mis penas, te entrego mis ilusiones y esperanzas, deposito en ti mis ideales como cristiano y te pido me llenes de tu gracia! ¡Deseo, María, poner mi cabeza sobre tu regazo para escuchar como palpita tu corazón lleno de amor, enorme desde la pequeñez, generoso desde la entrega y humilde desde la obediencia! ¡Acógeme en tu regazo, Madre, para enseñarme a caminar junto a Tu Hijo, confiar siempre en Él y acrecentar la alegría de mi fe!
¡Gracias, Padre, por ese regazo de amor que nos has dado con María! ¡Totus tuus, María!